

The background of the cover is a detailed illustration of a Space Marine in full combat armor, standing amidst a battlefield of smoke and fire. The Marine's helmet is partially open, revealing a fierce, battle-worn face. He holds a chainsword in his right hand, which is raised in a power fist. The armor is intricately detailed with gold and red accents. In the background, other Marines and the chaos of battle are visible, though less distinct.

WARHAMMER
THE HORUS HERESY

GUY HALEY

PERTURABO

EL MARTILLO DE OLYMPIA

minotauro



GUY HALEY

PERTURABO

EL MARTILLO DE OLYMPIA

minotauro

Primarchs nº 04 Perturabo: El Martillo de Olympia

Published by Black Library, 2017
2025 © Games Workshop Limited.

Perturabo: The Hammer of Olympia, Primarchs nº 04 Perturabo: El Martillo de Olympia, GW, Games Workshop, Black Library, The Horus Heresy, el logo del ojo de Horus Heresy, Space Marine, 40K, Warhammer, Warhammer 40,000, el logo del águila de dos cabezas, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo * o ™ y/o © Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo.
Reservados todos los derechos.

Originally published as *Perturabo: The Hammer of Olympia*

Games Workshop Limited,
Willow Road, Nottingham,
NG7 2WS, UK.

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
© 2025 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Traducción: © Daniel Casado Rodríguez, 2025
Ilustración de cubierta: Mikhail Savier
Revisado por: dtm+tagstudy

ISBN: 978-84-450-1892-7
Depósito legal: B. 13.926-2024
Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual
(Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros



UNO

EL TIRANO DE LOCHOS

799.M30

Lochos, Olympia

Lo poco que quedaba de lluvia amainó y la sedienta tierra no tardó nada en engullir aquella humedad reciente y volverse más oscura. A la mañana siguiente, el suelo ya habría recuperado su tono arenoso de siempre, pero hasta entonces el aroma intenso de la lluvia sobre un terreno árido flotaba entre las montañas.

Durante la última guardia gélida de la noche, a lo largo de un camino de tierra batida que se iba secando, llevaron al joven Perturabo hacia Lochos.

Cuatro hombres de armadura blanca y dorada lo escoltaban, dos por delante y dos por detrás. Si al chico le hubiera faltado confianza, se habría visto como su prisionero. Aquel era el propósito de los guerreros, ser sus guardias, pero, tras haberlo encontrado, ya dudaban de ello. Cuando Perturabo hablaba, ellos escuchaban con atención, como si sus palabras los obligaran a ello. Todos supieron ver más allá de la farsa de quiénes eran los protegidos y el protector.

El chico se llamaba Perturabo porque así lo había decidido él. El líder de los hombres se llamaba Miltiades y la cresta colorida de su casco lo proclamaba como Suboptio de la 97.^a Gran Compañía de Lochos, un hombre que gozaba de autoridad entre los suyos. Los demás hombres no se habían presentado, de modo que el chico no los conocía. Chico, hombre... Eran términos meramente subjetivos. Perturabo tenía el aspecto de un joven, por lo que era razonable imaginar que lo era. Mas no era así; lo envolvía un aire sobrenatural y se movía y hablaba como un hombre acostumbrado a ocupar un puesto importante. Mantuvieron la farsa de que ellos eran hombres y él, un joven, y por tanto ellos mandaban, aunque tampoco lo creían. La forma de ser de Perturabo insinuaba que era mejor que ellos, superior en todos los sentidos, y ellos se limitaban a aceptarlo con timidez.

Las nubes bajas se tornaron una bruma que se retorció por los acantilados y cubría los valles, con lo que destapó unas estrellas diamantinas. La tormenta estelar relucía con una amenaza inminente en el centro del firmamento. Si bien los hombres aseguraban no ser capaces de verla, Perturabo era consciente de su mirada malévola en todo momento. Como no quería experimentar el miedo, la pasó por alto y se centró en el mundo que pisaba con los pies descalzos.

El sendero era arduo, lleno de rocas pulidas por el paso de varias generaciones de pastores. Unas plantas con espinas delineaban los bordes y le rasgaban las piernas al chico. Las examinó por encima en cuanto pasaba, por curiosidad, a pesar de ya entender por completo su esencia fundamental. Inspiró hondo y se emocionó ante el aroma a lluvia mientras formulaba hipótesis sobre la procedencia de esta y sobre por qué afectaba así al mundo. Todo era nuevo para él y, al mismo tiempo, ya lo conocía. El conocimiento le llegaba a la mente sin tener que recordar nada; formaba parte de él

sin más. Era un recién nacido que cargaba con una sabiduría imposible a su edad.

Lochos se alzaba inmenso y colosal en un horizonte cortado por montañas escarpadas y, aun así, distante por el valle que se extendía entre el grupo y las puertas de bronce de la ciudad, de color apagado bajo la penumbra. Sus doradas cúpulas se cobijaban bajo murallas y bastiones altísimos, como cascos de soldados que se refugiaban de sus enemigos. Unas armas sobresalían de sus abundantes troneras. Era un lugar lleno de fuerza que pretendía ser bello a pesar de no conseguirlo del todo, pues su naturaleza bélica era demasiado pronunciada.

El chico y la comitiva que lo acompañaba subieron a lo alto de una cresta escarpada sin emitir palabras. El mundo estaba envuelto por el silencio sobrenatural de una noche moribunda. Rozaban el sendero al pisarlo y su equipamiento bélico hacía demasiado ruido en aquella quietud. Un tramo de plantas de montaña seco y cubierto de maleza descendía en pendiente y los huecos entre los matorrales y los tojos estaban ocupados por rocas afiladas como dientes. La tierra era de mala calidad, pero unos límites hechos con la misma piedra, montados con pericia, dividían aquel terreno superior en huertos de todos modos. La costumbre humana tan celosa de separar sus posesiones de las de sus congéneres era evidente incluso allí, por mucho que el terreno en cuestión apenas mereciera que se lo denominara como tal.

Los muros llegaban hasta donde el suelo acababa de sopetón y el valle se hundía. La luz gris previa al amanecer lo volvía todo borroso. Si bien el valle todavía estaba cubierto por la oscuridad nocturna, el chico gozaba de una vista excepcional, y en el lado más alejado alcanzó a ver campos a niveles, bosques de árboles coníferos y suculentas enormes y llenas de espinas.

Unos animales a los que no llegaba a ver balaban sin cesar. El sendero giraba para seguir uno de los muros de piedra

seca y los condujo al borde de un acantilado en el que el valle se volvía tan amplio como hondo. Las lámparas de la aldea relucían en el fondo y su luz se reflejaba en riachuelos serpenteantes y en las aguas tranquilas de estanques con peldaños. El aroma húmedo e intenso de la vida floral llenaba la llanura de punta a punta. El sendero pasaba por el borde y descendía por unos escalones tallados en la propia roca, con lo que Perturabo pasó del aire seco de la cumbre al ambiente húmedo y boscoso del valle en cuestión de unos pocos pasos. Los guardias se pusieron en fila: Miltiades por delante de Perturabo y los demás detrás de él.

Lochos presidía aquel tramo fértil de una zona yerma. A pesar de que la memoria de Perturabo estaba vacía, carente de contenido con significado, comprendía lo que veía como si tuviera experiencia en el ámbito. Entendía los procesos geológicos que habían formado el valle y sabía ver la razón por la que Lochos se hubiera erigido allí, lo que quería proteger y por qué los demás querrían custodiar un lugar así.

Miltiades se detuvo en un breve rellano en la escalera de piedra. Estiró una mano y rompió el silencio.

—Esta parte es complicada.

—No preciso de ayuda —repuso Perturabo, mirando la mano del suboptio con la misma curiosidad templada con la que miraba todo lo demás.

—Como quieras —dijo Miltiades. Se dio media vuelta y no logró ocultar lo mucho que lo incomodaba aquel joven tan extraño.

Los peldaños estaban desgastados y resbaladizos por las algas que crecían gracias al agua que goteaba entre las rocas. Perturabo cruzó la zona sin inmutarse. A partir de allí, descendieron un poco más hasta llegar a un camino pavimentado más amplio. El borde exterior estaba rodeado de las pendientes escarpadas del valle y marcado por un muro bajo hecho de mortero. Los

hombres ocuparon sus puestos en torno al chico: las cuatro esquinas de un cuadrado.

—¿Este es el camino que conduce a Lochos? —quiso saber el joven.

La ruta trazaba una curva que desaparecía en torno a un alto risco coronado por crestas arrugadas. El terreno estaba oscuro por el efecto del agua aún por absorber, aunque no lo bastante mojado como para embarrar la superficie. La temperatura en alza hacía que la humedad resultara incómoda, mas el cambio no afectó en nada al chico. Para él, el clima no era más que una variable que percibir, valorar y recordar para examinarla más adelante.

—Este camino va a Irex —explicó Miltiades—. Se junta con la autopista que va a Lochos por debajo de donde estamos. Tenemos que bajar más para llegar.

Descendieron a buen paso. La luz del firmamento pasó de gris a un dorado claro y las estrellas, superadas, se retiraron.

Incluso la tormenta estelar se desvaneció hasta ser tan solo un moretón en el cielo. El chico se alegraba. Tras la llegada del sol, la capacidad que tenía la tormenta de verlo disminuía, y una parte de él se relajó, una de la que antes no había sido consciente.

La noche se aferraba al valle y, cuanto más descendían, más oscuro se volvía todo. El ambiente se espesaba por las sombras, como si la oscuridad se reuniera allí para montar una última defensa ante el avance del día.

El color se adentraba en el mundo. Desde las aldeas y villas erigidas en las laderas del valle, emanaban los ruidos de las familias al despertarse, sonidos que se transmitían muy lejos en aquel ambiente cargado. Los edificios estaban contruidos en lugares peligrosos, encima de rocas y peñascos. Al observarlo, junto con las terrazas y colectores de tierra elaborados que llenaban las pendientes, Perturabo entendió la importancia

que le otorgaban los habitantes del lugar a cada centímetro de terreno cultivable.

El sendero terminaba en la autopista. La piedra unida formaba una superficie lisa que recorría algún que otro carro con la ayuda de animales de tiro. Todo estaba tranquilo y la comitiva descendió a buen ritmo por el valle. El camino pasaba junto a un río blanco y un dique hecho de piedras colocadas con esmero en los espacios entre las rocas más grandes que impedían que se desbordara. Un poco más adelante, el sendero cruzaba el río mediante un amplio puente. En el otro lado, el trayecto se volvía ascendente de pronto y terminaba en un acantilado escarpado, sin alterar por la mano de la humanidad salvo por la espiral tallada en ella para continuar el ascenso.

Las murallas de Lochos crecían en lo alto de la montaña, hechas de bloques de arenisca tan unidos que formaban un solo conjunto entero, indivisible de la roca en la que se hallaban. Sin embargo, a pesar de que crecían de la cima y estaban hechas del mismo material, las murallas eran tan distintas de la montaña como el chico de los hombres que lo acompañaban. Desde el punto de vista artístico, las murallas superaban a la montaña en majestuosidad: rodeaban la cumbre y la conquistaban, el artificio de la humanidad superaba al de la naturaleza. En aquel sentido, el muchacho y la fortaleza eran iguales.

Miltiades volvió la vista atrás para mirarlo y el orgullo quedó de manifiesto en su voz.

—Las murallas de Lochos —indicó—. Inexpugnables y eternas.

—Nada dura para siempre —dijo Perturabo.

Miltiades puso mala cara.

El sendero iba de un lado a otro en unos zigzags precisos. Un canal central conducía el agua y proporcionaba un espacio para los postes que los carros empleaban para frenar. Se volvía escarpado, y las crestas de unas baldosas talladas con precisión quebraban la

superficie para proporcionar una mayor tracción. Unos pequeños bastiones protegían cada curva cerca de la cumbre.

Una plaza semicircular tallada en la roca daba al gran pórtico. Las puertas eran de madera gruesa, con bronce incorporado y duras púas de hierro como defensa. Dos torres gigantescas la flanqueaban.

Miltiades se detuvo ante el pórtico y llamó a la puerta trasera diminuta de la torre izquierda. Se erigía en un ángulo torcido para defenderse de los arietes y, cuando se abrió, dejó ver unas escaleras angostas protegidas por una reja de hierro. Perturabo captó una debilidad en aquel lugar.

—¿Ya habéis vuelto, suboptio? —preguntó el guardia.

Vestía un uniforme distinto al de Miltiades y se dirigía a él con insolencia. Aun así, le cambió la expresión cuando el hombre dio un paso atrás y estiró un brazo para señalar a Perturabo.

—Informa al palacio —pidió Miltiades— de que hemos encontrado al chico.

Así fue como Perturabo llegó a Lochos: a escondidas a través de una entrada secreta.

La ciudad todavía se estaba despertando en lo que marchaban por sus callejuelas empinadas y serpenteantes. Los trabajadores del turno nocturno y aquellos cuyo oficio los obligaba a madrugar iban de aquí para allá.

Perturabo nunca había visto a tantas personas juntas, al menos según sabía. Se había descubierto en un acantilado, lo había escalado y allí se había encontrado con Miltiades y con sus guerreros: hasta ahí llegaba la experiencia vital que Perturabo era capaz de recordar. La ciudad podría contener muchas más experiencias para él.

Y sí que era así. El aire en torno a los edificios parecía cargado, con la sensación de miles de soñadores que volvían al mundo real. Lo fascinaba.

La ciudad escalaba la montaña a distintos niveles y el palacio ocupaba la cumbre allanada. Aun así, las murallas eran monumentales de verdad, pues se alzaban por encima de los tres niveles inferiores y los cubrían de sombras mientras el sol calentaba la piedra exterior.

Perturabo y sus escoltas recorrían la vía principal, por calles apretujadas entre viviendas de ventanas pequeñas. De vez en cuando llegaban a alguna plaza de mercado, llena de mercaderes que parloteaban para vender sus mercancías. Situadas a intervalos regulares, unas gigantescas cisternas quedaban rodeadas de sirvientes que portaban jarras de agua en la cabeza, mientras que en lo más alto se erigían templos enormes y demás edificios de tejado de bronce reluciente.

Y el palacio brillaba más que ningún otro edificio. Una plaza enorme rodeaba sus murallas y tres cúpulas coronaban sus torres. Las puertas estaban decoradas con gloriosos relieves de oro y plata. Con un solo vistazo a las ventanas, Perturabo captó las medidas a las que estaban construidas y el peso que soportaban, así como las operaciones matemáticas necesarias para calcular ambas cifras. A pesar de que allí había mucho por ver, fenómenos que no había presenciado nunca, ya le sonaba todo. Conocía los materiales, sus propiedades y los efectos que el arquitecto había pretendido provocar.

Perturabo lo observaba todo y, al mismo tiempo, se asombraba y se hartaba. Su deleite ante cada nueva observación desaparecía cuando la información le llegaba a la mente, con lo que se quedaba con la sensación de que le habían arrebatado la alegría de un nuevo descubrimiento. Aun con todo, el palacio lo impresionó por la forma que tenía de presidir la ciudad: situado por encima de los tejados y de la muralla ante el abismo que tenía debajo. En el otro lado de las tierras fértiles, vio la zona montañosa y llena de matorrales a la que había llegado tras su ascenso, y más allá de ella había un vacío amplio, azul por el

tono del polen, del humo y de la bruma que se disipaba. Hacia el otro lado, más montañas se alzaban. De hecho, hacia todas las direcciones había montañas teñidas de naranja por aquel día naciente, con las laderas cubiertas por canteras antiguas y el pináculo coronado por fuertes.

Miltiades devolvió la atención de Perturabo al palacio.

Las grandes puertas de plata y oro chirriaron al abrirse de par en par para recibirlo en el interior.

El tirano estaba despierto y dispuesto. Había estado esperando al joven.

Varias filas de soldados de armadura blanca y dorada delineaban la sala de mármol y llenaban los espacios entre sus altas columnas. Tenían un semblante serio que se dejaba ver en el casco abierto que llevaban. Unas antorchas competían contra unas débiles luces eléctricas, pero ambas se veían derrotadas por la luz del sol.

Dos estatuas titánicas ocupaban ambos flancos de un trono enorme, con la mano derecha extendida en una pose natural y realista. Los tótems que aferraban en la mano izquierda y la túnica que cubría sus músculos heroicos estaban hechos de hierro.

El tirano estaba sentado en el trono entre aquellas dos estatuas enormes. Era menudo, de mediana edad, y una corona de agujas de pino de hierro estilizadas le adornaba la cabeza. Un par de cetros dorados estaban apoyados en la curva de los brazos del hombre; parecía alguien que hacía uso de su poder sin mayor reparo.

A primera vista, el tirano no resultaba nada imponente, con sus extremidades flacuchas y el bulto de una panza redondeada visible bajo su quitón color morado imperial. Poco le quedaba de su cabello moreno, y el estilo con el que se lo peinaba, echado hacia atrás para cubrirle el cuero cabelludo, no hacía más que acentuar la calvicie. Tenía una nariz prominente y

los ojos muy juntos. Sin duda el destino le había jugado una mala pasada, pues los hombres con los que se rodeaba eran esbeltos, de extremidades definidas y rostro apuesto, mientras que los patricios que se reunían ante el trono eran más altos y de vestimenta más elegante que él.

Sin embargo, los cortesanos parecían pomposos por comparación, pavos reales alrededor de un halcón, y, si bien la escala monumental de su trono debería haberlo engullido, las muchas toneladas de piedra que rodeaban al tirano se las arreglaban para hacerlo parecer más grande en vez de lo contrario. A simple vista, las estatuas que lo flanqueaban resultaban más impresionantes que él, pero el tamaño las hacía ridículas. No había poder en aquellos ojos sin pupilas: estaban ciegos, muertos como la piedra.

Dammekos, el Tirano de Lochos, por otra parte, estaba vivo.

Aquel cuerpo tan modesto contenía una gran fuerza de voluntad y, desde el rostro poco agraciado que tenía, una inteligencia astuta observaba el mundo. Escondió su emoción al ver que se acercaba la comitiva, solo que Perturabo supo verla con claridad y el pecho se le llenó de sospecha por lo que aquel hombre podría querer de él.

Los hombres y su protegido se detuvieron ante la tarima del trono. Miltiades sujetó a Perturabo de un hombro y lo empujó hacia abajo para obligarlo a postrarse de rodillas. Y, si bien el suboptio le sacaba una cabeza, Perturabo era tan inamovible como un lecho de roca y no le costó nada resistirse.

Dammekos hizo un ademán irritado hacia Miltiades, demasiado emocionado por su invitado como para reparar en las nimiedades de la deferencia. Miltiades dio un paso atrás y él y sus tres soldados se arrodillaron.

Un heraldo dio un paso adelante.

—Salve Dammekos —declaró con una voz clara y bella—, el octavo de su nombre, Tirano de Lochos, el tercero de los

doce Tyranthikos, señor de Irex, Kerroitan, Domminiki y de las Septologías de Alka. ¡Salve Dammekos!

Los soldados de la sala dieron un fuerte pisotón en respuesta. Tras ello, el heraldo volvió a su puesto.

Dammekos ajustó sus cetros.

—Vaya, Miltiades, ¿qué nos has traído? —Tenía una voz rauda y curiosa. No desagradable, porque sus palabras contenían una generosa cantidad de calidez, pero su encanto no lograba enmascarar su intelecto ni su codicia—. El legendario chico de Chaldicea, si no me equivoco. ¡Parece que al final no era un mito!

—Es él, tirano —repuso Miltiades.

—Debo admitir que no esperaba que fueras a volver tan pronto —siguió el tirano—. Te has superado. ¡Si saliste ayer por la noche mismo! ¿Acaso no fuiste tú quien dijo la semana pasada que ibas a tardar mucho en cubrir toda Chaldicea para dar con él? Ya veo que te equivocabas.

Sus cortesanos se echaron a reír y susurraron tapándose la boca con las manos.

—Lo hemos encontrado aquí, mi rey, escalando el acantilado phrygeano. —Miltiades alzó la mirada—. No hemos tenido que avanzar mucho más allá de la ruta a Irex. Unos pastores lo vieron ayer, intentando escalar. Hemos ido a su encuentro.

—¿Y dónde están esos pastores?

—Con sus rebaños, mi rey —repuso el hombre.

—¡Miltiades! —Lo reprendió Dammekos con voz afable—. ¿Qué clase de ejemplo pretendes darle a nuestro invitado? ¿Dónde has dejado tu generosidad? Asegúrate de que se vean recompensados: cinco lochanos a cada uno.

—Así será, mi rey —le aseguró Miltiades.

Dammekos volvió su atención al chico. Hasta entonces, lo había estado mirando con codicia, mas no había hablado con él, como si Perturabo fuera una obra de arte que pretendía

comprar, en lugar de un ser vivo pensante. El tirano esbozó una amplia sonrisa y miró a los ojos azul hielo de Perturabo.

—Tú debes de ser el chico que ha estado vagando por las tierras altas chállicas. Seguro que sí —pensó en voz alta—. No veo cómo puede ser de otro modo, pues nunca había visto a un joven tan bien formado. Superas las leyendas con creces.

—No sé si esa persona soy yo —dijo Perturabo sin inmutarse. Entonces fue Dammekos a quien el chico evaluaba. El rey esbozó una sonrisa indulgente ante su atrevimiento.

—¿No lo sabes?

—No albergo ningún recuerdo anterior a ayer. Estaba a medio ascenso por el acantilado y terminé de escalar. Eso es lo único que recuerdo.

—¿Y cómo llegaste hasta medio acantilado?

—No lo sé —repuso Perturabo—. No recuerdo nada.

—¡Mi rey! —siseó Miltiades—. ¡Debes dirigirte a él como «mi rey»!

—No es mi rey. —Perturabo volvió a mirar al oficial—. Y, si lo es, no lo conozco.

Dammekos soltó una carcajada para calmar los ánimos.

—Tranquilo, suboptio, no podemos amonestar a nuestro invitado por no dirigirse a mí como es debido. Si no recuerda nada, ¿cómo puede saber lo que debe decir?

—En ese caso, tiene que aprender, mi rey —dijo Miltiades—. Se halla en la sala del trono.

—Y aprenderá, tenlo por seguro. Pero tiene razón: si no sabe quién es, ¿cómo va a saber que yo soy su señor? Por el momento, tengamos la amabilidad de perdonarle su mala educación. Dime, joven, hemos recibido informes desde hace varios meses sobre un chico que encaja con tu descripción y que estaba en la llanura de Chaldicea. ¿Qué sabes de eso?

—Ya te he dicho que no sé nada.

—Debes de ser tú —insistió el rey—. El viajero que desciende desde las montañas, el chico que derriba jalpidae, el que acabó con una hydraka armado tan solo con una maza de madera. El niño que empuña un martillo de herrero con la habilidad de un maestro artesano.

Perturabo se miró las manos. Los cortes que se había hecho durante la escalada ya le habían sanado. ¿Era lo normal? Eran unas manos gruesas y pesadas, dignas de un excavador nato. ¿Unas manos así podían llegar a crear arte?

—No conozco a esa persona —dijo Perturabo.

—Vamos a comprobarlo, pues —propuso el tirano con voz amable. Se echó adelante en su trono y se acercó los cetros—. ¿Quieres que descubramos si eres el chico de las leyendas?

—¿Pretendes ponerme a prueba?

—Si accedes a la sugerencia, claro.

—¿Y qué ocurre si fracaso?

—No se te hará ningún daño —le aseguró Dammekos—. Estoy seguro de que encontraremos algún uso para un hombre como tú por aquí. Cuidaremos de ti.

—¿Y si lo hago bien? —preguntó Perturabo con sospecha.

—Ya veremos —dijo el rey con una sonrisa—. Lo hagas bien o no, te prometo que no te haremos ningún daño. ¿Qué clase de rey sería si aniquilara a una leyenda en vida, a alguien que colma a mi pueblo de alegría? La tiranía es un arte y, como verás, el arte se me da muy bien.

—Accedo a tu prueba, pues —asintió Perturabo. No tenía nada que perder y tenía curiosidad por ver si era el chico de la leyenda, por saber qué sería la prueba.

El rey alzó una mano y asintió. Sonó un gong. Una puerta situada en un lateral de la sala se abrió de par en par y un eunuco calvo, corpulento con unos músculos cubiertos de grasa, entró a grandes zancadas. Tras él, seis de sus compañeros arrastraron una forja portátil de hierro forjado a la sala. El cilindro metá-

lico que albergaba sus llamas irradiaba un potente calor y una rejilla incorporada en la puerta soltaba una luz anaranjada. Acomodaron los fuelles, así como un barril lleno de agua. Por último, llevaron un yunque que colocaron sobre un tocón. La madera estaba recién cortada, todavía amarilla, mientras que el gris apagado del yunque no había recibido ningún impacto aún. Eran objetos nuevos, sin poner a prueba. A Perturabo le complació el paralelismo.

Los eunucos abrieron el lateral de la forja portátil y extrajeron una losa de la parte superior abatible, con lo que dejaron ver un lecho de carbones relucientes. Los eunucos activaron los fuelles y los carbones brillaron con mayor intensidad. Una débil columna de humo salió de la chimenea corta del aparato y ascendió hasta alcanzar las vigas del techo. Dejaron un barril lleno de varas de hierro junto a Perturabo, así como un cesto de madera repleto de herramientas.

Todos los allí presentes lo observaron expectantes. Perturabo miró al rey.

—Puedes comenzar —indicó el tirano.

Perturabo se guió por el instinto y decidió sobre la marcha que iba a forjar una espada. Recogió un puñado de varas de hierro y las ordenó tras sopesarlas y comprobar el tono que emitían al golpear el yunque con ellas. Las escuchó con atención. Como no tenía ni idea de cuáles escoger, se decantó por aquellas que le transmitían una mejor sensación. Las metió en lo hondo de las llamas sin ponerse guantes y acercó tanto las manos al fuego que los cortesanos del rey se horrorizaron, pero Perturabo no temía al fuego y no se apartó de él, sino que continuó sujetando las varas conforme el horno las calentaba.

—Fuelles —ordenó tras soltar el metal.

Los eunucos reconocieron el poder que contenía y obedecieron al instante, con lo que se encargaron de aquellos

fuelles largos y curvos hasta que el fuego rugió y el metal se puso blanco.

Para sacarlo, Perturabo se puso un grueso guante de piel, del tamaño de un adulto, aunque le quedaba ceñido. No se valió de las pinzas que le ofrecieron, sino que tiró del metal con la mano con guante y se dispuso a martillearlo contra el yunque. Trabajaba despacio, de forma metódica. El hierro era inflexible y requería de calor para modificarlo; solo así su naturaleza obstinada podía moldearse en forma de arma. Tal vez había una advertencia en aquel hecho, pero Perturabo no la reconoció, pues estaba absorto en su trabajo, con la dedicación absoluta que compartían los genios y los necios por igual. Trabajaba más deprisa que cualquier herrero conocido por los cortesanos y golpeaba el metal con tanta presteza y precisión como los martillos de vapor de las fundiciones. Llovían chispas de la cuchilla que tomaba forma bajo el martillo y estas rozaban las baldosas de mármol.

Pasó horas trabajando y dejó de prestarles atención a los cortesanos. Para él solo existía el hierro encima del yunque. Le dio forma con su voluntad indomable y se negó a reconocer su fuerza conforme lo forzaba a aceptar su nuevo aspecto. El hierro era un elemento sincero y firme, carente de argucias.

«Un metal de guerrero, desprovisto de la enfermedad del oro», pensó.

¿Cómo lo sabía? ¿Acaso importaba? Le gustaba el hierro y el oro no. Le cantaba mientras lo golpeaba y en sus adentros ya conocía el ritmo.

En siete ocasiones metió la hoja en el fuego, la sacó, la golpeó y la enfrió. La bruma del vapor metálico salía del barril de agua hasta llenar la estancia y aumentar la temperatura con el transcurso de la mañana. Dammekos se lo quedó mirando, fascinado. Los demás cortesanos se impacientaron y necesitaban comer y beber, pero no querían salir antes de su señor. Ni el tirano ni el chico se dieron cuenta de ello.

Metió la hoja en el agua una última vez. Perturabo se enjugó el sudor de la frente y alzó el arma por la espiga. Dammekos hizo un ademán para que Miltiades la aceptara.

Se trataba de una cuchilla simple y sin adornos, todavía sin el resto de accesorios y sin afilar; aun así, era evidente que podía cumplir con su propósito.

—¡Es perfecta! —exclamó Miltiades asombrado. Sopesó el equilibrio de la hoja con una mano y examinó el filo—. Perfecta. —La sostuvo ante su señor—. Y la ha forjado con tan solo un martillo.

Un murmullo recorrió la sala del rey.

—No está terminada, todavía hay que afilarla. Ninguna arma está acabada hasta que se afila —dijo Perturabo. Era otra cosa que conocía sin saber cómo, una información tan innata en él como el sentido que lo unía al hierro.

—Bien dicho —contestó Dammekos pensativo—. Podrás afilarla más tarde, en mis talleres de ingeniería.

—Gracias. Me... —Perturabo se lo pensó por un momento, pues no estaba muy seguro de cómo describir lo que sentía al pensar en dejar la espada sin afilar—. Me importunaría no completar mi tarea.

—Un gesto muy encomiable, jovencito. —Una mirada calculadora pasó por el rostro de Dammekos. Sabía el valor de Perturabo, mas no su valía; el joven, por muy nuevo que fuera en el mundo, estaba seguro de ello—. ¿Te gustaría trabajar aquí y ser aprendiz de nuestros herreros? Sería una buena vida.

—Tal vez —repuso el chico—. Pero creo que trabajar el hierro no es mi verdadera vocación.

—¿Y cuál es? —preguntó Dammekos.

Perturabo miró en derredor y señaló el arma que el suboptio llevaba en la cintura, un dispositivo complicado con protrusiones bulbosas y rebordes en torno a un contenedor de cristal lleno de rayos crepitantes.

—Eso —dijo—. Quisiera aprender cómo funciona. Y esto...
—Hizo un ademán hacia el alto techo—. Quiero construir, o eso creo. La piedra me habla igual que hace el hierro.

Dammekos dio una palmada, encantado de la vida.

—¿Aún albergas dudas, suboptio? Este chico es el viajero.
¡Vaya! Vaya, vaya, vaya. Anoinkai nos ha bendecido, sin duda.
¡Es un regalo de los dioses!

—¿Quién es Anoinkai? —quiso saber el chico.

—La diosa del destino —explicó Miltiades—. ¿Cómo puede proceder de los dioses si no sabe eso? —Tenía la mano apoyada en la empuñadura de su espada, cauto.

—¿Qué es un dios? —preguntó Perturabo. El término le era desconocido.

—Los seres que habitan por encima de nosotros, que nos observan desde la cima del monte Telephus y juzgan a la humanidad. Estas son sus estatuas —dijo Dammekos, señalando las esculturas que lo flanqueaban—. Gozek y Calaphais, los tiranos mellizos de los dioses.

Perturabo se quedó mirando las estatuas, embargado por las dudas.

—¿Alguien ha visto a estos seres en persona?

Un hombre de cabello rapado, sudando dentro de su elegante túnica, dio un paso adelante.

«Un sacerdote», pensó Perturabo lleno de desdén. Reconocía a los de su calaña por instinto, el mismo instinto que le decía que no se fiara de ellos.

—Ellos mismos han decidido existir separados de nosotros —explicó el sacerdote—. Lo divino y lo terrenal son mundos aparte, esferas solapadas que, a pesar de ser distintas, pueden ejercer influencia entre ellas.

—¿Un mundo que no se puede ver? —Perturabo soltó un resoplido—. La existencia de algo así desafía la lógica. Las leyes de la realidad abarcan la experiencia mortal al completo

—se quedó callado. ¿Cómo podía demostrar lo que acababa de afirmar? Aun así, era algo que sentía en sus adentros, una verdad absoluta, una convicción férrea.

—¡Blasfemia! —exclamó el sacerdote.

—Es una fantasía. Un tupido velo que cubre la ignorancia —dijo Perturabo—. No me gustan estos dioses. Son los enemigos de la razón.

—Entonces, si no eres un regalo de los dioses, ¿de dónde procedes? —preguntó Dammekos.

—No lo sé. —Hizo otra pausa, y una añoranza feroz le aferró la garganta—. Pero quiero saberlo.

—En ese caso, permanece aquí conmigo —dijo Dammekos—. Aprenderás todo lo que podamos enseñarte. Te ayudaré a descubrir tu origen, pero, a cambio, debes servir a nuestra ciudad.

—¿En el campo de batalla?

—Tal vez.

—¿Y la paz?

—Has forjado una espada. Bien podrías haber fabricado un arado.

—¿Y la paz? —insistió Perturabo. Una sensación cálida le recorría el cuerpo. No le gustó.

Dammekos esbozó una sonrisa nada convincente.

—Habrá paz, pues nadie ataca Lochos. Ven las murallas de nuestra ciudad y la desesperación los lleva a retirarse. ¡Hace seiscientos años que Lochos no es víctima de un asedio! La guerra es necesaria, joven, mas nunca deseable. Siempre hay espacio para la paz.

La expresión gélida del chico congeló la alegría del tirano y le fijó la sonrisa al rostro.

«Mentiroso», lo acusaba el chico sin palabras.

—¿De qué sirven las murallas contra alguien que se niega a darse por vencido?

—Todavía no he conocido a alguien así —repuso el tirano, aunque en sus adentros sabía que la persona que describía era el joven que tenía delante, sudando por el calor de la forja—. Si pretendes servirme, debo conocerte. Dime cómo te llamas.

—Perturabo.

—No es un nombre propio de Lochos. ¿Qué significa? —preguntó el rey.

—Lo desconozco —dijo Perturabo—. Solo sé que así me llamo y que es el nombre que se me pretendía dar desde el principio. En cuanto a su significado, lo averiguaré.

Observó la sala, los artificios que habían dedicado a su construcción, las personas que contenía, la ropa que estas llevaban y las joyas que ostentaban. Sus armas, sus costumbres, su calzado..., quería saber cómo funcionaba todo.

—Lo averiguaré todo.